

poder hablar ni correr, y queriendo realizar entrambas cosas; una mujer, solloza cubriéndose el rostro con la enagua; Santa, sin darse cuenta de ello, está junto á Hipólito, cogida de su mano. Las cejas del ciego, muévense desafortadamente. Genaro, asoma la cara por la puerta del patiecito y se eclipsa.

Al pronto nadie habla. Reina el estupor frente á lo irreparable; donde la muerte se presenta, todo calla!

En seguida, la indignación sobreviene; todos comienzan á mirar al matador, airados. Y el amigo del muerto, se echa encima de él; una vez y otra vez y otra vez le coloca sobre el corazón que ya no late las palmas de sus manos; y á pesar de que el corazón no responde, obstínase porque le responda el amigo, se inclina al rostro exangüe, le habla al oído:

—Benito!... Benito!...

Luego de esperar unos instantes, levanta la cara y le dice al matador, despacio:

—¿Por qué lo ha matado Ud?...

El victimario suelta el revólver, que produce un ruido pesado al caer; y los gendarmes, avisados por Genaro y por Eufrasia, entran en la sala.

Las amarillentas luces de sus linternas de aceite, van y besan el rostro del infortunado muerto, melancólicamente, piadosamente...

III

DE bote en bote estaba el 2.º salón de jurados: igual en la gradería destinada al público, que en la incómoda tribuna de la prensa. Por la puerta de entrada, por la del gabinete de deliberaciones,—que cae á la mismísima plataforma del tribunal del pueblo,—asomaban apretados racimos de curiosos aguantando magullones, codazos, corrientes de aire, incomodidad de postura y calor mal oliente de multitud apiñada. ¡Mire Ud. que había gente!

En las afueras, empinábanse arremolinados los que ya no podían penetrar en la impenetrable masa, y hasta en el brocal de la fuente del patio mirábanse individuos sentados, con la vista y el oído convertidos al salón.

A pesar de los sendos gendarmes en la reja del gabinete de deliberaciones y en la del de los testigos, rejas que dan al patio, los que no lograran entrar agolpábanse á ellas. A la del gabinete de deliberaciones, porque de ahí se percibían fragmentos de la audiencia, frases y respuestas de testigos, finales de párrafo de los discursos de los defensores y de los del ministerio público, trozos del proceso que leía el secretario con gangoso y monótono diapason de

clérigo. Y á la del gabinete de los testigos in-comunicados, porque se sabía,—¿para qué sirven los diarios noticieros y de honrada información?—que el burdel de Elvira, íntegro, habría de declarar en el severo “Palacio de Justicia“. Luego, que el delito era de los que por derecho propio despiertan en las hipocresías sociales afán in-moderado de conocer aún en sus detalles más repugnantes y asquerosos ¡mejor! que mientras más lodo se remueva y nos salpique, mientras más indecencias sean denominadas sin eufemismos ni circunloquios, mientras más sea dable gozar con el espectáculo tristísimo de un semejante caído donde nosotros no caímos,—gracias al acaso y nunca porque no cometiéramos, mentalmente siquiera, el delito en que sucumbió un prójimo,—mientras más podamos contemplar á un infeliz solo contra todos y que fué más débil que las pasiones que á todos nos afligen, más nos apresuramos á concurrir y pelear un buen sitio y á no perder ripio de los debates; más nos regocijamos de sólo ser espectadores cuando pudimos ser actores en el drama que el Jurado nos representa teatralmente y de balde. Y á la hora de las sentencias, cuando de los labios pálidos de los jueces y de las páginas grises de los códigos abátense encima de las desdichadas cabezas delincuentes, como ventiscas ó huracanas lluvias, muchos años de presidio, muchas iras de los que por impecables se diputan, muchas lágrimas de los que aman al sentenciado, (para quienes la pena es inicua siempre), á la hora en que se sentencia á muerte y que el espanto difúndese en las conciencias y en los áni-

mos, un escalofrío de egoísmo nos recorre la piel; una satisfacción nos inunda el pecho por sentirnos libres del peligro y libres del castigo. En los abismos de aquella alma hemos visto los abismos de la nuestra, idénticas flaquezas, perversiones análogas; pero aquella alma es una vencida y nosotros podemos retirarnos de la diversión al acabar el drama, ¡hasta podemos condolernos en voz muy alta de la suerte del condenado!

Santa, lo mismo que sus compañeras, tomó en un principio la cosa á guasa, y los amigos letrados del establecimiento de Elvira aconsejaron á las muchachas cuál debía ser su proceder y cuáles sus dichos. ¿Para qué perjudicar al matador si al fin el otro, el pobre muerto, no por ello resucitaria? Hipólito, citado también como presencial, se opuso á la estratagemá; aparte los riesgos de mentir, estimaba inhumano que fuesen á absolver al que tan inhumanamente había asesinado.

—Digamos la verdad pura, Santita, sin favorecer á nadie, lo que pasó y lo que vimos, es decir, lo que vieron ustedes... de lo contrario, el amigo del matado, que ha de cantar claro, descubre el pastel y nos embaulan en chirona... y ni á quien quejarse, porque de sobra lo mereceríamos por cochinos. Al cabo Ud. ya se va ¿qué necesidad tiene de andar en chismes con autoridades?

La tarde que los encerraron en el cuarto de los testigos, por natural emoción,—el crimen estaba fresquecito y la vecindad de jueces, curiales y policía siempre impresiona,—guardaron

silencio y compostura; las valientes daban lecciones á las pusilánimes: "Pues, te plantas y dices: verá usted, señor juez..."; Pepa fumaba puro tras puro, é Hipólito no cabía en sí de gozo por la coyuntura de pasarse bastantes horas al lado de Santa, hablándole de lo que mejor le cuadrara, sin miedos de que viniesen á interrumpirlos los que pagan y no esperan; pues á las compañeras no les haría maldito el caso.

Graduó su charla; á los principios del encierro, indiferente y sin substancia; con más miga después, comentando de nuevo el homicidio, repitiendo ella y él lo experimentado la noche ésa, los presentimientos que siempre supone uno haber tenido á modo de heraldos y anunciantes de los sucesos de importancia; lo que por poco ejecutan en el instante de la comisión del delito; lo que á raíz de ésta pensaron; lo mal que durmieron; la inminencia de que los hubiesen muerto á ellos, el uno oyó silbar la segunda bala y la otra creyóse herida con el primer foganazo; las alucinaciones posteriores, á Santa perseguíala la vidriosa mirada del cadáver, á Hipólito el fugaz ronquido del agonizante... Por remate, una humilde confesión mutua, por lo bajo, y una filosófica conformidad:

—¡Qué malos somos, Hipo!...

—¡Malos, Santita, malos!...

Convencidos de su maldad reciproca, se acercaron, sentáronse lado á lado en un rincón, sin más importuno que Genaro que, de tanto andar pegado á su amo para auxiliarle en sus menesteres, casi no lo era. La plática cobró sabor y colorido. Genaro aseguraba que las manos de ambos

se juntaban y separábanse sin que pareciera que los dueños lo hacían á sabiendas. Hallábase empeñado el ciego en averiguar si Santa amaba á Rubio ó si con él se "comprometía" por conveniencia simplemente; y Santa insistía en que Hipólito le declarase si, hiciera ella lo que hiciera, el amor de él no se concluiría nunca. Ninguno de los dos resolvíase á mostrar su juego, y con este motivo, sacaban á relucir añejas desventuras, anhelante cada cual, de que su interlocutor proclamase que, en efecto, había sufrido menos. A fuerza de desgranar desdichas y de revivir la historia de sus vidas muertas, simulaba que para la que les quedaba por vivir, buscaran con el melancólico recuento, interesarse el uno por el otro. Traducidos al romance decían sus discursos: "Cuando hayas de quererme, no me quieras por mis merecimientos, que nada merezco ¡quíereme por lo mucho que en este mundo he padecido!..."

Afuera, el público seguía arremolinado, empujándose para ver y para oír; seguía el gendarme de la ventana ahuyentando á los que atraídos por la encerrada carne de deleite se llegaban á la reja y hacían guiños á las mozas.

Adentro, seguía la audiencia, interminable, plagada de formalismos; seguía la imperfecta é imbécil maquinaria del Jurado cometiendo disparates y disparates. Un momento, que por oficiosa atención el comisario del juzgado entró á ver si algo se les ofrecía á las "niñas" y que la puerta quedó entreabierta, coláronse hasta los oídos de Santa y de Hipólito, confusas frases de acusación ó de defensa: "vindicta pública"...

“una madre que ha de llorar por su hijo“... “juzgad dentro de vuestra conciencia de hombres de bien, señores jurados“... frases enfáticas que tanto podía ahuecar el defensor como el fiscal y que eran tan aplicables al matador como al “occiso“. Santa é Hipólito reanudaron el hilo de su charla. Genaro dormitaba.

Los curiosos que se arremolinaban en la otra ventana, la del gabinete de deliberaciones, oían más; alcanzaban á leer el enorme cartel impreso que cuelga de uno de los muros, ostentando en gruesos caracteres la inmoral y bárbara admonición que compone la parte tercera del artículo 314 del código de procedimientos penales: “La ley no toma en cuenta á los jurados de los medios por los cuales hayan formado su convicción...!!“ Admonición que debe ser el faro iluminador de los que han de dilucidar culpabilidades por las impresiones recibidas; el Paraclete alado que ha de inspirar á una docena, cuando menos, de espíritus,—algunos sobornables, vulgares casi todos,—en el solemne Pentecostés en que se congregan para absolver ó condenar á un hermano. Y las palabras finales del tremendo artículo despiden llamas, siegan la clemencia, arrasan la piedad por los inocentes que los más empedernidos criminales dejan tras sí, vendan los ojos de los jueces populares para que no los amedrente el patíbulo que les obligan á levantar con sus garrulerías, el defensor, el agente del ministerio público y el propio presidente de los debates con su resumen diz que imparcial: “...Los jurados faltan á su principal deber si toman en cuenta la suerte que en virtud

de su decisión deba caber al acusado por lo que disponen las leyes penales!!!...“

En el gabinete de los testigos empezaron á gruñir las impacencias ¿pensarían no llamarlos á declarar? El cuarto se oscurecía, la luz del patio que entraba por la ventana enrejada, liaba sus bártulos para ausentarse. Otra vez el comisario, acompañando al encendedor que prendió la lámpara del techo, mientras un colega prendía, afuera, la del farol del patio, que oscila suspendido sobre la fuente del centro. Al comisario, las muchachas y Pepa lo acosaron ¿á qué hora las despachaban?...

—¡Nosotras tenemos nuestro quehacer!—afirmó Pepa sin rubores.

El comisario se rió mucho, dándose por enterado de la indole del quehacer; pero les anunció que la cosa iba larga, que probablemente terminarían á la madrugada, en atención á que el juez había mandado una tarjeta á su esposa y el agente á buscar su capa:

—Hay empeño en concluir esto,—agregó,—ya Uds. ven que apenas hace mes y medio que ocurrió el lance... ¡bastante hemos hecho!

Indignése Pepa y las muchachas se regocijaron de jugarle esa especie de mala pasada á Elvira, quien, á solas en la casa y careciendo de mujeres con que satisfacer á la clientela, renegaría y echaría por esa boca lo que no es para escrito.

Mientras, Santa puntualizaba á Hipólito por qué aún no vivía con Rubio: por el capricho de la esposa, llegado á destiempo, de ir á los baños de Puebla en busca de una maternidad que no

venía jamás; comunicábale las finezas para con ella del marido infiel, el que se daba por comprometido y hasta ofrecía, desde luego, sufragar los gastos que originase el inmediato apartamiento de su manceba próxima.

—A diario me despacha cartas y telegramas. Creo que es un caballero perfecto y que me he sacado la lotería ¿no cree Ud. lo mismo, Hipo?

—Santita,—replicó el músico,—no sé yo si será tan caballero como parece, lo que sacó en limpio es que dispone de fondos en metálico, que le sobra *mosca*, y algo es algo... Lo importante es que dé á Ud. lo que Ud. vale, lo que le daría yo, yo que soy un pelagatos y un bueno para nada... lo que le daré á Ud. ¡créame que se lo daré, Santita! en cuanto Ud. consienta en que vivamos juntos. Por lo pronto, se acababan conmigo los tapujos y las hipocresías ¿esconderla yo á usted?... ¡qué atrocidad!... ¿Sabe Ud. lo que me produce este Rubio, y los que no siendo rubios gozan de Ud. y para gozarla se ocultan?... pues, con ribetes de rabia, me producen lástima... ¡majaderos! ¿qué más se quieren?... Lo que soy yo, Santita...—Y vuelta á tocar la tecla, á fabricar castillos y programas encantadores de futuras existencias; vuelta á dibujar en el vacío planos y más planos de una ideal morada de dicha, de un palacio mágico: aquí este mueble, este otro allí; por la mañana, á hacer una cosa, á la tarde otra y otra á la noche... ¡La quimera!

Como siempre que el ciego daba suelta á sus ensueños de apasionado y que éstos, á manera de bandada de palomas, le arrullaban sus sensibilidades femeniles y le mitigaban el escozor

de su profesión infame, Santa, para no ver la fealdad de Hipólito, para no romper el hechizo, entornó sus ojos, abandonó sus manos entre las del pianista, que, cual si de reliquias se tratase, apenas si con las yemas de los dedos acariciábalas, y muy de tarde en tarde, por no forzarlas á subir, besábaselas bajando él su rostro, devotamente, despacio, sin dejar de hablar, con besos prolongados y respetuosísimos.

De vez en cuando, preguntaba Santa:

—¿Y luego, Hipo, qué haremos luego?...

¿Luego?... Volver á principiar, lo mismito, sin cansarse nunca; sin nunca echar de menos pasatiempos nuevos, ya que por su desventura se sabían de memoria los pasatiempos depravados.

—No saldremos de los sencillos, de los naturales; y hemos de ser nosotros, Santita, los primeros en espantarnos de que con tan poca cosa se sienta uno tan feliz... Cuando al fin nos cansemos de aquello, pues dicen por ahí que se cansa uno de todo,—¡yo no lo creo ¿eh? cuidado!—entonces, la gran sorpresa, Santita, y esta si que no se la digo á Ud. aunque me desuellen vivo, porque apuesto diez contra uno, á que no se la figura Ud.

Algunas de las muchachas manifestaron que tenían hambre. Pepa consultó su reloj y vió con asombro que se aproximaban las 11 ¡recórcholis! era indispensable que les consintieran comer un bocado y que á ella le repusiesen su provisión de puros. Con dificultades logróse la comparencia del comisario y se le prometió gruesa propina ¿no estaba permitido comer y beber?...

Por supuesto que si lo estaba ¿qué apetecían?... Hizose la lista: sandwiches, cerveza, "Banqueros del Destino" para Pepa; café con catalán para Hipólito. Agolpáronse á la reja, á ver partir al comisario que provisto de un billete de á cinco pesos, cruzó el patio lóbrego y desierto ya.

Con la lobreguez y el desamparo, no sólo el patio, el edificio entero recupera el aspecto de lo que ha sido, su triste aspecto de claustro. Su secularización la borran el día y la afluencia de litigantes; el apresurado ir y venir de curiales; las consultas en los corredores; los grupos que manotean por las escaleras; el abigarrado conjunto de demandantes y demandados, de actores y reos, de herederos y albaceas, de patronos y promoventes; un continuo zumbido de avispero, alguna carcajada que repercute por los abovedados techos de los pasadizos vetustos, algún diálogo del corredor al patio. De día, el convento se desfigura ¿quién ha de reconocerlo con su total disfraz de pintura, cal y transformaciones bárbaras? ¿quién ha de reconstruir en las salas de la "Suprema Corte de Justicia", por ejemplo, ó en las del "Tribunal Superior", ó en las de los juzgados menores y civiles, ó en las del "Registro público de la Propiedad" los viejos oratorios, las desnudas y austeras celdas, los tránsitos antiguos?... Por otra parte, nadie, entre los que lo frecuentan, reconoce ni reconstruye, pues no van á eso. Van al negocio, al litigio, á los hurtos legales, á los despojos que los códigos amparan, á los embrollos con que los abogadazos de nota y fama blasonan su reputación de inteligentes,

de sabios, de honorables. Todos van corriendo, en áspera carga desenfrenada, en pos del dinero, del embargo, del lanzamiento, de la hipoteca, de las costas y réditos, de las herencias y de los honorarios... Tanto peor para el que crea en la Justicia y en la Justicia espere,—los candores no son de este mundo,—que en el palacio que le han consagrado, la diosa de la espada y de las balanzas rara ocasión da la cara, por lo general ocúltala y se encoge de hombros. Es perenne la carga; inacabables los doctores de la ley, los tabeliones, golillas y escribas; permanentes los clientes, pleiteando unos lo suyo, honestamente; pleiteando otros lo ajeno, con cábalas y arterias. Ensordece la continua refriega; casi pueden asirse las venalidades, las codicias, los agios; el judaísmo cristiano muéstrase idéntico al legítimo, tan ambicioso y tan sin entrañas como aquél. Y cual si el palacio no estuviese suficientemente mancillado con la incesante ralea que ejecutan los halcones borlados, los azores de levita, los gavilanes especialistas; con ese correr de hienas que aullan artículos de códigos, reformadas leyes romanas, godas, ante y post diluvianas, hánle metido en el patio de la derecha los dos salones para jurados, que, con sus atinadas decisiones coronan la magna obra de escarner á la justicia humana.

De ahí que en la noche,—si no se prolonga el jurado,—con la lobreguez y el desamparo recupere el edificio el aspecto de lo que fué, su triste aspecto de claustro.

La secularización se esfuma en las tinieblas; duermen en sus armarios los archivos; negras

como ataúdes, las mesas y papeleras escóndense en las sombras de las estancias, se invisibilizan; los doseles de magistrados y jueces, los cortinajes de los "estrados" undivagan como disformes buhos satánicos; los techos crugen, la polilla cae, las arañas laboran, los murciélagos rondan, las iniquidades se ocultan ó también reposan... Entonces, la Suprema Corte deja de serlo, y el Tribunal Superior, y los juzgados civiles y menores, y el Registro público de la Propiedad; entonces los viejos oratorios se iluminan, las austeras y desnudas celdas se pueblan, y por los tránsitos antiguos desfilan los antiguos inquilinos del convento que resucita... Y el portero asegura,—¡no debe hacerse caso de lo que los porteros aseguren!—que se oyen plegarias y salmodias, que se miran sayales toscos, capuchones erectos que tapan semblantes, cirios amarillentos que amarillentas manos flaquísimas sustentan, pies descalzos que caminan sin ruido. Y que se escucha rumor de huesos cuando la visión de fantasmas ambula despaciosamente rumbo á la iglesia de La Enseñanza, en la que sin duda es aguardada, porque—aquí el portero jura y cita el testimonio de sus gentes—se oye que suena el órgano, aunque no cerca cual debiera, sino cual si lo tocasen por debajo de tierra... Y antes del alba, la procesión regresa, húndese por vidrieras y puertas y ¡adivine Ud. dónde se irá! que cuando el edificio, en las mañanas, se harta de sol y los barrenderos van llegando, todo se encuentra en su lugar, sin que falte un papel, ni una colilla de cigarro, ni una telaraña; sin que las sillas ó las mesas se hayan movido un palmo.

—¡Qué casota tan horrorosa, Hipo, da miedo! —le comunicó Santa al ciego, retirándose de la reja.

—Vale que no hemos de habitarla ni Ud. ni yo, Santita,—sentenció Hipólito buscando el sabroso rincón, con su palo, y con su mano libre, las dos de Santa.

Cargadísimo de vituallas tornó el comisario cerca de la media noche; con lo que dicho se está que los que las aguardaban tiráronse á ellas con un hambre de náufragos, tanto más cuanto que, de la sala continuaban sin llamarlos á rendir sus famosas declaraciones. Sólo hubo de invitados el comisario mandadero, que no se hizo de rogar, y los infelices gendarmes de la puerta y de la ventana que, al pronto, agradecieron sin aceptar y al cabo aceptaron tentados por el olorcillo de las viandas y agobiados por lo indefinido del plantón. Tuvieron que comer y que apurar sus botellas con la mano zurda, en inaguantable conversión, desperdiciando líquido. Los demás á sus anchas, pues el comisario garantizó que tal era la práctica al extralimitarse en duración alguna audiencia. Comieron á dos carrillos, y por varios minutos reinó en la pieza un sensible relajamiento de la incomunicación de los testigos y de la disciplina de los empleados menudos. La cerveza se destapó sin precauciones, tosiendo ó riendo en coro con risa fingida y con fingida tos, á fin de que los taponazos no fuesen á delatar el *gaudeamus*. Santa, en parte por broma y en parte por enloquecer al ciego, le endulzó y revolvió su "fósforo":

—Trae acá,—dijo á Genaro,—que lo derra-